Recuerdo de Mascarones

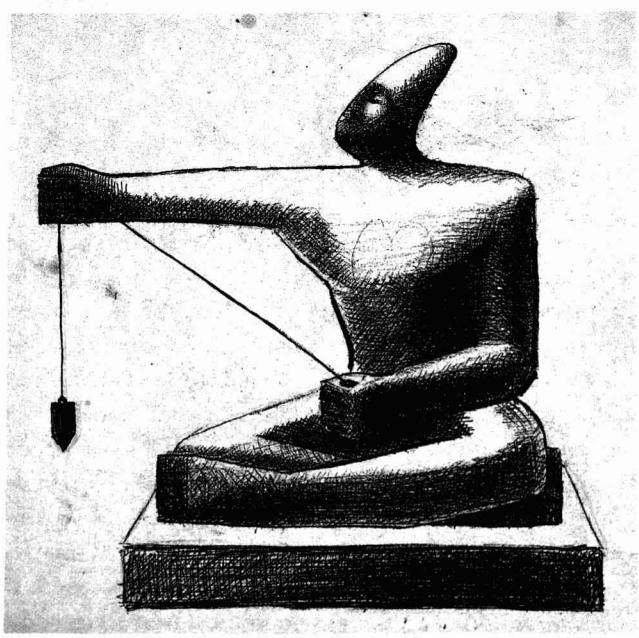
◆

JUAN MARICHAL

Para Ana, de su abuelo que es *de Mascarones*

Un gran poeta catalán, Agustí Bartra, observaba que el exilio había sido un episodio providencial para su lírica pues había ampliado considerablemente su horizonte. Sin ser versificador puedo decir también que el abandonar esta península representó una ampliación notable del horizonte del estudiante de bachillerato que cursaba sexto año en el Instituto Nicolás Salmerón, en Barcelona, en la primavera de 1938. Ingresé en el Liceo Michelet de París en el otoño y allí permanecí hasta 1940, cuando pude trasladarme al Liceo Maréchal Lyautey de Casablanca, dos meses antes del derrumbe de la tercera República francesa. Al año siguiente concluí el bachillerato francés y algunos meses más tarde llegué a Veracruz en uno de los últimos barcos con pasajeros españoles que atravesarían el Atlántico rumbo a México. Pronto, ya en la capital mexicana, acudí a las oficinas centrales de la UNAM en la calle de Justo Sierra y la más eficaz administradora universitaria que he conocido, la muy diminuta señorita Pimentel, hizo revalidar mi diploma de bachiller francés en un real santiamén. Me matriculé en la Escuela de Minería a la vez que en la recién nacida Facultad de Ciencias pero infortunios familiares me forzaron a dejar la Universidad y a buscar algún empleo, que obtuve en la embotelladora Canada Dry, sita entonces en el Paseo de la Reforma. Ahorro lo que siguió, aunque sí me atrevo a relatarles que una tarde, mientras esperaba en un banco de Reforma el comienzo de mis horas de cajero en la empresa dicha, leía *Historia como sistema* de Ortega, y decidí matricularme de nuevo, en la Universidad, esta vez en Filosofía y Letras. Así, empecé el curso de 1943 —en el antiguo calendario escolar mexicano— en Mascarones: en el remanso de paz que era aquel antiguo convento barroco. Allí conocí, esperando el comienzo del curso del maestro Edmundo O'Gorman, a John Phelan (mi mejor amigo norteamericano y muy distinguido historiador de la América virreinal), a Luis Zorrilla (que haría una brillante carrera diplomática y excelentes estudios de historia mexicana) y al profesor Ortega Medina (fidelísimo discípulo español de don Edmundo): conviene advertir, aquí, que éramos la muy exigua minoría de *varones* en el curso pues en Mascarones dominaban *las* estudiantes. De ahí también su carácter de *oasis*, donde no había *novatadas* y otras barbaries.

Allí, en el hermoso patio, paseaba con alguna alumna mi profesor de filosofía del Salmerón de Barcelona, Eduardo Nicol, cuyas clases habían sido también un remanso de paz en aquellos meses en 1933 de terribles bombardeos aéreos. Otro filósofo catalán, don Joaquín Xirau, me permitió participar en su escogido seminario, en el cual conocí a su hijo, Ramón Xirau, y a otro buen amigo, Manuel Durán. Mas hubo también en mi tiempo de Mascarones episodios no exclusivamente *intelectuales*, que conservo en mi recuerdo como muy propios de un clima universitario, muy precisa-



mente fechados. Así, la clase de historia de España con el venerable don Rafael Altamira —que estaba siempre acompañado por su mujer, muchísimo más joven que él— y cuyo contraste cronológico nos lo explicó en una de sus primeras lecciones (a la apenas media docena de sus alumnos): ¡se había casado con la hija de la novia que lo había dejado plantado ante el altar! Decepción que él había compensado con su enorme trabajo de historiador joven. Debo añadir que don Rafael sólo comentaba páginas de su muy famosa *Historia*, añadiendo socarronamente: "yo ya soy historia". No recuerdo el nombre del profesor de latín (que seguramente era un antiguo eclesiástico mexicano) pero sí su expresión de sorpresa absoluta cuando Ernesto Cardenal —¡entonces mucho más interesado en explorar los misterios del alma femenina que en los arrebatos místicos de san Juan de la Cruz!— se presentó ante dicho maestro a rendir examen oral de latín. "¿Quién es usted?", le preguntó. Y Ernesto respondió: "Mire, maestro, en su libreta, y comprobará que he estado presente todo el curso." El aturdido profesor concedía que así era: ¡lo que no sabía era que Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez (luego eminente erudito) se descolgaban de la ventana en el extremo sombrío del aula, una vez registrada su presencia en el cuadernito del latinista! Claro está que el predominio femenino en el estudiantado daba una marcada seriedad a las clases. El único curso verdaderamente mixto era el del excelente catedrático de Teoría general del Estado, don Luis Recaséns Siches, pues acudía a Mascarones a seguirlo un apreciable número de futuros licenciados en derecho, mucho más interesados, por supuesto, en encontrar novia que en la legendaria erudición jurídica del profesor español. Sólo varones, en cambio, asistían al seminario del doctor Gaos, de ocho a nueve de la noche. Me sorprendió encontrarme allí con el maestro O'Gorman y otros colegas suyos del profesorado (Justino Fernández, el historiador del arte mexicano, por ejemplo). Mayor fue mi sorpresa cuando Gaos inquirió, con cierta risilla, si por azar había algún estudiante matriculado: ¡y resultó que yo era el único! Quedé, así, incorporado al grupo del seminario, que a las nueve atravesaba la avenida para merendar, en un modesto *chino*, enfrente de Mascarones. Así pude participar, como mero y entusiasta oyente, en la tertulia más animada intelectualmente de mi vida. No muchos años más tarde —entre 1946 y 1949— también a las nueve de la noche, se prolongaba el seminario de Américo Castro en un cafetín de Princeton: aunque sólo se escuchaba una voz, la del maestro, en su siempre atormentado monólogo sobre el *ser* de España. En el seminario de Gaos también se oía nada más el discurrir del maestro: ¡y qué claridad la suya, por abstruso que fuera el asunto! No creo ser arbitrario si mantengo que Gaos fue el mejor exponente de su tiempo del precepto de Ortega, su propio maestro: "la claridad es la cortesía del pensador". Digamos de paso que en nuestros días y en esta vecindad, priva lo opuesto: "añadamos un poco de obscuridad" (*ajoutons un peu d'obscurité*) —que decía Mallarmé—. Lo sorprendente en Gaos (según descubrí al empezar a leerle) era el contraste entre la diafanidad del *habla* docente y la espesura germánica de su prosa. Aunque para mi fue un descubrimiento con indudable porvenir el seminario sobre el pensamiento de lengua española, cuyos textos principales recogió en su espléndida *Antología* de la Editorial Séneca: que debería reeditarse aquí donde *no* fue conocida. Ahí, en verdad, en el seminario del maestro Gaos encontré mi *campo* de trabajo: y de ahí procedió mi curso de Harvard: Historia intelectual de la América Latina (cuyo título y tema motivó que un muy ilustre especialista en arqueología maya me manifestara su sorpresa: "¿Pero es que acaso hay *un* pensamiento latinoamericano?").

Si aquella eminencia harvardiense hubiera conocido al maestro O'Gorman no me habría interrogado en los términos recién citados. El curso de don Edmundo versaba sobre temas de la historiografía hispanomexicana, del Descubrimiento a los preludios de la Independencia. No era, sin embargo, una exposición panorámica, puesto que se centraba en figuras singulares, digamos, por ejemplo Las Casas. Y no obstante sus frecuentes *apartes*, adversos a la metodología heredada de los positivistas —que apuntaban casi siempre a los trabajos del doctor Silvio Zavala— se aprendía con O'Gorman el rigor intelectual y la claridad expositiva propios de las mejores universidades europeas y norteamericanas. De hecho, para mis aspiraciones, O'Gorman ofrecía —mucho más que Gaos— las normas de la historia intelectual, ya que el maestro español hacía más bien *historia de las ideas* (según se sigue practicando aquí). Debo añadir que —pese a su animadversión a todo lo que "oliera" a positivismo— don Edmundo acogió muy cordialmente a su gran rival norteamericano, el ya venerable Herbert Bolton, cuando organizó un seminario de investigación documental en el Archivo General de la Nación (que O'Gorman dirigía), con gran provecho para nuestro pequeño grupo de novicios investigadores. Y a don Edmundo debí el obtener el puesto de instructor que me concedió la Universidad de Princeton para ser ayudante de don Américo Castro. Volviendo a Mascarones quiero reiterar que era un remanso espiritual para mí, donde vivía horas diarias de amistad con jóvenes mexicanos de mi edad, como Joaquín Sánchez MacGregor. Decía mi querido y admirado Max Aub —sin duda el ciudadano más ejemplar de la república hispanomexicana de las letras— que "se *es* de donde se ha hecho el bachillerato". Y en mi caso la Casa-blanca-oasis de 1940-1941 —que no tiene nada que ver con la actual— me dio amistades fraternas que han pervivido hasta hoy: pero el irrepetible ámbito hispanomexicano de Mascarones en 1943-1945 fue el clima humano propicio para mi naciente vocación, además de darme el refugio y la amistad de maestros y compañeros, que nunca perdí. Así que yo podría decir —siguiendo a Max Aub— que "se *es* de donde se han hecho los estudios de la *maestría* de historia": uno *es* de Mascarones. Y a mi nieta mayor, Ana Marichal, alumna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, *envío* esta constancia de mi deuda. ◆